

La labor de aquel muchacho era racionar la comida en un hospital de gitanos, húngaros y rumanos en su mayoría. En la noche, hacían la cuenta de cuántas personas había y calculaban cuántos pedazos de pan y mermelada se necesitarían para el día siguiente. El infortunio de unos puede llegar a ser la salvación de otros. Cada día, sobraban raciones de pan, pues en el paso de la noche diez o doce personas habían muerto. Así David comenzó a tener más pan que los demás, que lo repartía entre primos y conocidos que necesitaban algo extra para poder sobrevivir aquellos días de privaciones extremas.

Luego le dieron la custodia del almacén de los panes, cuyo preciado cargamento debía cuidar con la vida, porque de faltar las consecuencias serían fatales.

UNA EXTRAÑA PETICIÓN

Ya llevaba seis meses en el campo y había perdido la noción del tiempo, sólo perceptible por el paso del verano y los primeros vientos que anuncian el otoño. Aunque nunca perdió la fe de sus padres, David vio pasar las fiestas de *Tishrei* de ese año 5725 sin las manzanas ni las mieles, y luchando por encontrar nabos en un caldo caliente que le servía de cena, a pesar de que era el encargado del rancho y el almacén donde se guardaban los alimentos de los enfermos.

Una tarde, un rabino, irreconocible eso sí, sin sus *peyot* ni sus barbas y con su uniforme a rayas, le tocó la puerta al joven David. Venía con una estrambótica petición: necesitaba que le prestaran dos panes.

En aquel mundo de inopia, de hambruna, dos panes era un poco más que un tesoro. Más raro aun era pedirlos en calidad de préstamo.

—¿Para qué los quiere, rabino?— preguntó inquieto David, consciente del riesgo que correría ante la posibilidad de acceder a la petición y de que las autoridades del campo se dieran cuenta.

—Verá usted, joven. Estamos en las fiestas de *Sucot* y yo necesito los dos panes para hacer la bendición en una *sucá* que acabo de construir en el campo.

¿Cómo era posible que aquel hombre hubiera construido una cabaña en pleno Auschwitz, ante las miradas de los soldados y los capos? ¿Con qué materiales? ¿Dónde estaba? Todas estas preguntas le martillaban a David en la cabeza, pero la seguridad con la que aquel rabino hablaba al muchacho le resultaba aun más asombrosa.

Conscientes como estaban de que la guerra ya se había perdido, los nazis decidieron apresurarse para matar al mayor número de judíos, y por ello, decidieron hacer más espacio en las barracas que albergaban a aquellos prisioneros que estaban destinados a morir a cortísimo plazo, provenientes de guetos pequeños y de campos de labor esparcidos por toda Polonia. Por eso, decidieron quitar las literas donde dormían los detenidos. Cuando llegaba la noche, los presos ¿dormían? sentados en hileras en el piso. La primera fila debía abrir las piernas para albergar una segunda, y así sucesivamente, hasta alcanzar la meta: meter mil personas donde antes dormían trescientas. Las maderas de las camas, esas donde descansaron por última vez miles de hombres y mujeres, con las marcas del insomnio, empapadas de las pesadillas y enmohecidas por el llanto, fueron parte del milagro: como pudo, aquel rabino se hizo invisible a sus carceleros y entre los montones de desechos, apilados en un patio, alzó un tabernáculo, como aquellos que se erigieron en los umbrales de Jerusalén para celebrar el precepto divino.

—Yo lo acompaño.

La determinación de David quebró la negativa inicial del Rabino, quien sabía que si los atrapaban «in flagranti» en la comisión del delito de practicar el judaísmo, no sólo él sino el muchacho irían a flotar por los cielos a manera de cenizas.

La ley judía permite sustituir por dos panes la copa de vino del *kidush*, en caso de faltar. Ya que no los podían consumir, el rabino explicó que sólo con lamerlos era suficiente para hacer cumplir la *mitzvá*. Ya este hombre había obrado prodigios dentro del campo: encontró un *shofar* viejo entre la basura y lo sonó en *Rosh Hashaná*; encontró la parte superior de un *tefilín* y se lo ponía en la cabeza a los niños para hacer una bendición; y ahora construía una *sucá* en medio de Auschwitz.

Así, en medio del odio convertido en industria, en medio de la certeza de la muerte, con dos panes prestados que luego consumirían otros pobres desgraciados, en una época en la que renegar y blasfemar era tan natural como respirar, las voces de aquellos dos hombres se alzaron para bendecir y cumplir con las *mitzvot*.

UN RECUERDO BAJO LOS PALMARES

Los años sesenta eran boyantes en Venezuela. La comunidad judía se había integrado a la vida económica de la pujante nación, y era costumbre que emisarios, religiosos y laicos se acercaran al país en busca de fondos para las diferentes causas de apoyo al que todavía se le consideraba recién creado Estado de Israel.

David, convertido en empresario y en activo integrante del *minyán* de la sinagoga Shomrei Shabat, de San Bernardino, en Caracas, atendió una invitación que esa organización hiciera ante la visita de un rabino venido de Israel.

En la reunión, aquel anciano relató, sin saber quiénes eran aquellos hombres exiliados entre los palmares y enormes samanes de San Bernardino, cómo la fe tenía que resistir incluso en las circunstancias más adversas, la misma fe que lo llevó a desafiar a las autoridades de Auschwitz y construir en medio del infierno una *sucá* para honrar a Dios, y darles la bienvenida a los espíritus de los patriarcas que acompañan a cada judío en estas endeble cabañas desde los tiempos en que había que llevar las primicias del otoño ante el Templo de Jerusalén. La memoria de aquel anciano también habló de la ayuda anónima de un joven checoslovaco que le prestó dos panes para realizar la bendición.

Las lágrimas de David superaban en número e intensidad a las de los otros oyentes. Terminado el relato, como pudo se acercó al rabino y se fundió con él en un abrazo conmovedor, una vez que se identificaron.

Salir vivo de Auschwitz fue un milagro. Erigir una *sucá* en aquel lugar, una temeridad. Nadie puede decir sí en aquel momento, los nombres de David Yisrael y el del Rabino Zví Hirsh Meizlish, *dayán* de la ciudad de Desz, en Hungría, se inscribieron y se sellaron en el libro de la vida, ante la conmovedora osadía y demostración de fe en los días en que la certeza de vivir subía al cielo como manchas de smog, para luego llenar de cenizas y vergüenza a toda Europa.